

(seudónimo: Industria Argentina)

## Tres tías

No tuve abuelos, ni primos. Tuve tres tías. Mis tías Jacinta y Emilia, ambas solteras, compartían un departamento de dos ambientes, planta baja, dos patios, en Parque Patricios. Mi tía Amanda vivía en el piso superior con su marido Esteban. Nosotros íbamos de visita los domingos, sin falta ni ganas, que como bien se sabe es la única forma de ser constante en esta vida.

### Amanda

A mi tía Amanda no la quise ni un poco. A Esteban, sí. Muchísimo. Lo recuerdo radiante y alegre como un diente de león. Trabajaba en una fábrica de vidrio y poseía un don extraordinario: sabía hacer sombras chinescas. En la penumbra de la tarde, cuando mi madre me acostaba para dormir la siesta, Esteban se sentaba sobre el borde de la cama y me contaba la fábula de la liebre y la tortuga. Siempre le agregaba un giro inesperado y nunca se repetía. Un día Esteban tuvo un accidente en la fábrica mientras manipulaba un florero art decó y perdió los dedos índice y mayor de su mano derecha. Desde ese momento, la liebre se convirtió en un sapo gordo, porque mi tío no podía hacer las orejas, y la carrera fue mucho más pareja. Mi tío decía que era una cuestión de justicia animal. Yo tardé muchos años en entenderlo y, cuando por fin lo hice, hubiera querido abrazarlo y darle las gracias, pero él ya era cenizas.

Mi tía Amanda tenía el hábito de darme una palmadita en la cola cada vez que yo pasaba a su lado. La palmadita era más bien una caricia demorada. Mis escasos cinco años me sobraban para darme cuenta de que algo no estaba bien en ese gesto. A pesar de mis esfuerzos por pasar corriendo, por avanzar con la espalda contra la pared del pasillo o por evitarla tanto como me fuera posible, su mano siempre lograba encontrarme. Nadie parecía percatarse de ello.

Ahora que lo pienso, Esteban quizás sí. Pero no recuerdo que dijera nada. De hecho, él y Amanda rara vez se dirigían la palabra. Yo creo que Amanda envidiaba ciegamente el espíritu bonachón de Esteban. Cuando perdió los dedos no se puso triste ni nada. A veces se sujetaba esa parte del muñón y decía bajito “quevasér”.

## **Jacinta**

Jacinta era peletera y tenía un patrón rumano al cual aborrecía, pero quien, al cumplir Jacinta la cantidad apropiada de décadas a su servicio, le había regalado un broche de oro macizo, realmente horroroso. El broche estaba destinado a mi persona y me sería entregado al cumplir quince años ya que Jacinta era, además, mi madrina de bautismo. Jacinta cosía estolas y abrigos de visón para que las señoras de la sociedad porteña pudieran lucirse en las galas del Teatro Colón. Jacinta nunca pisó el Colón. Tampoco fue nunca a ningún lado, salvo unas vacaciones, hacía muchos años, en Mar del Plata.

## **Emilia**

Mi tía Emilia era ama de casa y una excelente cocinera. Lo fue toda su vida. Cocinó para sus seis hermanos y para su abuelo, un inmigrante genovés a quien no conocí.

Emilia iba al mercado todos los días y venía siempre cargada con bolsas que traía balanceando en el cuenco de su antebrazo, como corresponde a una persona que sabe hacer los mandados. Era un tanto hombruna y tenía manchas parduzcas en la cara y en las manos. En la cocina, que era su dominio, había un gabinete donde guardaba una colección de pequeños frasquitos con etiquetas blancas y tapitas de goma de distintos colores.

Mi tía Emilia tenía bocio y esos frasquitos contenían los medicamentos homeopáticos necesarios para combatirlo. Ella mezclaba en una taza de té algunas gotas de un frasquito, otras gotas de otro y algunas más de este de acá y luego bebía el compuesto. Presenciar esta ceremonia constituía uno de los momentos más apasionantes de esas visitas.

## **La cocina**

Otra cosa que me intrigaba mucho era escucharlas hablar con mi mamá en un idioma que para mí era completamente ininteligible. Las cuatro se sentaban en la cocina, en unos bancos de metal con asientos de vinilo florido, y tomaban mate con medialunas mientras yo jugaba en el piso. Pasaban horas charlando, a veces en castellano y, a veces, en esa lengua extranjera. Yo pensaba que tenía mucha suerte al provenir de una familia tan culta donde se hablaban lenguas exóticas. Años más tarde supe que hablaban en jeringozo y que optaban por esta variante cuando conversaban acerca de algún tema inapropiado para los oídos de una nena.

La cocina contenía otros objetos fascinantes, además de la colección de frasquitos de mi tía Emilia. Había, por ejemplo, una cantidad considerable de enormes ollas y una vieja plancha de hierro, que se calentaba en la hornalla y con la cual mis tías planchaban toda la ropa, incluidas las toallas, sábanas, fundas de almohada y bombachas. La plancha se debía asir con un paño muy grueso, para no quemarse vivo. Estaba terminantemente prohibido jugar, tocar o acercarse a la plancha, porque era muy peligrosa. También eran muy peligrosas unas jaulas rectangulares y muy largas que tenían una puertita en un extremo y un resorte. Con ellas tampoco se podía jugar porque el resorte accionaba la puertita y ésta se cerraba de un golpe con la velocidad del rayo. ¡Zácate! Estas jaulas generalmente estaban en el patio de atrás, donde mis tías colgaban la ropa. Servían para cazar ratas, aunque a mí me parecían un poco exageradas porque, realmente, ¿qué tan grande podría ser una rata?

## **El dormitorio**

El dormitorio era mi lugar favorito. Sobre el tocador había una polvera con talco blanquísimo y un pompón rosa que me encantaba oler, aunque no tenía idea para qué servía. La habitación contenía además dos camas de una plaza, una máquina de coser, un armario enorme y dos mesitas de luz con cajones cuadrados repletos de cosas. Esta habitación, donde me acostaban para dormir la siesta, era bastante oscura porque las persianas estaban casi siempre bajas y, al igual que la cocina, daba sobre el patio trasero. A mí me gustaba agacharme y pasar gateando por debajo de las persianas. En el patio donde se colgaba la ropa había unas poleas que servían para subir y bajar los tendederos. También varios maceteros con plantas de hojas peluditas y una escalera

plegable que mi tía Jacinta utilizaba cada tanto para acceder a la parte superior del armario donde guardaba rollos de telas y retazos de pieles de nutrias, visones y zorros envueltos entre bolitas de naftalina. Cuando bajaba de ese armario una bolsa de retazos, era una fiesta. El olor mordiente de la naftalina apenas lograba despabilarme del delirio sensual de hundir mi cara en esas pieles suaves, en esas caricias mansas.

En muy pocas ocasiones mi hermana menor y yo fuimos invitadas a pasar la noche. Mi hermana dormía con Emilia y yo con Jacinta. Mis tías ponían unas almohadas al pie de sus camas y nos apretujábamos así, con nuestras caritas cerca de sus pies. Era incomodísimo, porque las camas eran angostas y mis tías se negaban rotundamente a juntarlas. El amanecer se filtraba por la persiana entreabierta y de a poco iba llenando de renglones luminosos la habitación. Todas dormían profundamente. Yo no. Pensaba en la carrera del sapo y la tortuga. Pensaba también si existirían las liebres sin orejas en algún lugar del mundo y, quizás, mi tío no lo supiera. Mis tías se levantaban siempre primero y nos dejaban las camas libres para que con mi hermana hiciéramos la guerra de almohadas mientras ellas preparaban el desayuno. A veces jugábamos a las escondidas un rato, hasta que nos llamaban para tomar la leche y comer galletitas con mermelada casera. A veces mis tías también jugaban a las escondidas, pero era un juego de ellas. Colgaban un repasador a cuadros azul y verde en la manija de la puerta de la cocina como señal de que el juego había empezado y de que no se podía pasar.

### **Nunca, nunca, nunca**

Tampoco se podía pasar, cada tanto, cuando Emilia estaba cocinando. Los domingos mi tía Emilia amasaba sus deliciosos ravioles. Si la puerta de la cocina estaba cerrada, mi madre se asomaba discretamente, hablaba unas palabras con mi tía Emilia en ese idioma extraño y luego me decía que durante un rato no se podía entrar porque la tía Emilia estaba muy ocupada. Por fin Emilia abría la puerta de la cocina llevando una bolsita de basura, salía del departamento y la arrojaba al incinerador que estaba en el pasillo. Luego volvía, terminaba de preparar los ravioles y más tarde comíamos.

Un día en que la puerta de la cocina había quedado un poco entreabierta, en uno de esos momentos donde el ingreso a los dominios de la tía Emilia estaba vedado, pude ver sobre las hornallas tres ollas de las cuales brotaban enormes nubes de vapor hirviendo.

Mi tía Emilia llevaba puesto un batón sin mangas, un delantal y unas chinelas de raso bordó. En una de las ollas estaba echando con gran delicadeza los ravioles que ella misma había amasado esa mañana y que cubrían toda la mesada de mármol. Sus brazos flácidos se balanceaban mientras sus manos con manchitas pardas iban de la mesada a la olla una y otra vez. En otra olla, un poco más baja que la anterior, burbujeaba a fuego mínimo el estofado espeso y rojo. De la que estaba contra la pared de azulejos, y que era la olla más grande y profunda, sobresalía apenas una de las jaulas rectangulares con las que yo no podía jugar nunca, nunca, nunca, porque era algo muy peligroso.